

La naturaleza y la liturgia

La liturgia hebrea primero y la cristiana después, muestran una estrecha relación entre el hombre y el mundo en el cual vive. Los Salmos, así como el Génesis, son un óptimo ejemplo. La oración litúrgica se injerta sobre una profunda unidad entre el hombre y lo creado. El agua remite al renacimiento cristiano en el Bautismo. Dos humildes alimentos, fruto de la tierra, el pan y el vino, se vuelven, en la Eucaristía, verdadero cuerpo y verdadera sangre de Cristo, para nuestra salvación. La responsabilidad personal y comunitaria frente a lo creado. La enseñanza que podemos sacar de la Liturgia de las Horas. La verdadera armonía a recuperar como un valor. El tiempo y su fluir en las estaciones, interpretado como don del Padre.

Poesía, pintura, arte, literatura de todos los tiempos nos hablan de una relación particular entre el hombre y la naturaleza en la cual se encuentra inmerso y con la que instaura una relación a veces pacífica, a veces conflictiva, siempre indispensable.

Paisaje de plenitud vital para tantas épocas de la historia, fuente de inquietud o de inspiración en el canto de la cultura romántica, selva de símbolos para la poesía del siglo XIX, la naturaleza siempre ha atraído o inspirado al hombre, con sus misterios y sus bellezas, con su fuerza incontrolable y sus por qué sin fin.

Árboles y montes, fuentes y animales son transformados en divinidad por el espíritu del hombre en búsqueda de un contacto con el totalmente Otro; el curso de los astros y su posición en el cielo ha inspirado a científicos y a poetas, ha guiado el camino de los siglos; la sabiduría de los antiguos ha indagado los misterios de la naturaleza y si sus conclusiones dejan ver instrumentos

todavía perfectibles, sus intuiciones han fundado las búsquedas posteriores.

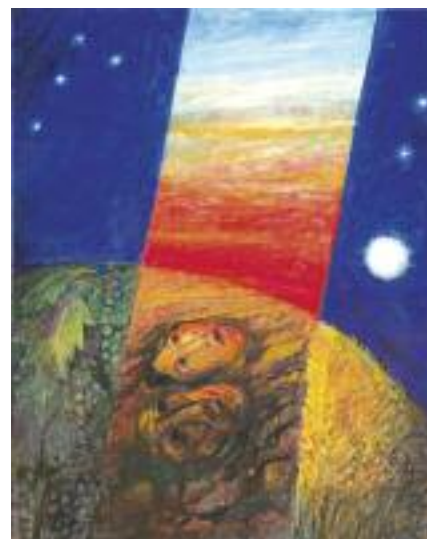
No es de sorprenderse, entonces, que también en la oración, en la relación con el Absoluto, el hombre se encuentre con la naturaleza, con sus elementos, con una danza ya existente en la cual entra.

La liturgia hebrea primero y la cristiana después, muestran una relación entre el hombre y la naturaleza, que para nuestros padres era connatural y que para nosotros es una relación a redescubrir como un don. Los salmos, que ocupan una gran parte en la oración judeo cristiana, están entretejidos de esta relación: árboles, selvas, luces, tinieblas, animales de todas las clases, aguas y manantiales se vuelven protagonistas y testigos del encuentro entre Dios y su creatura, entre el hombre y su Creador.

La naturaleza, para el creyente hebreo y para el cristiano después, deja de ser una divinidad indescifrable y un poco caprichosa para volverse creatura pensada y querida por Dios.

El Génesis nos hace contemplar, con lenguaje poético y evocativo, esta acción de Dios que teje y da forma a lo creado. Todo lo que angustiaba y sorprendía a los hombres, aguas sobre el cielo y bajo el cielo, mares y ríos, fenómenos inexplicables, lluvias y rocíos, animales de toda clase, árboles y selvas, el milagro de la

Obra de Sieger Köder. "El primer rayo de los días" representa la creación del mundo a través de una lectura cristológica del prólogo del Evangelio de Juan: la luz de Cristo crea el mundo, y del contacto con la tierra toman forma los rostros de Adán y Eva, figuras de toda la humanidad. Sus miradas buscan la luz, para recibir vida



semilla sembrada que genera vida... todo esto no es por casualidad, sino causado por un acto creador que ha puesto orden donde reinaba el caos, debido a una mirada de amor que contemplando el fruto de sus manos vio que "era una cosa buena". Una cosa buena y bella, armoniosa y ordenada que canta con su existir la belleza de Dios y su providencia amante. En este concierto, el hombre comparece después de las otras creaturas, salido de las manos de su Dios como "cosa muy buena", llamado a compartir la alegría de su Señor que reposa en esta belleza. Hasta aquí el Génesis, la sabiduría de quien ve a Dios en la obra y en el origen de la naturaleza, el mismo Dios que entrando en la historia llama al hombre a la vida nueva, lo conduce por senderos a veces intransitables para reconstruir una relación que su pecado ha interrumpido y que el amor siempre creador no se cansa de buscar y reconstituir.

Si pensamos en la oración cristiana, en particular en la oración litúrgica, nos encontramos frente a una escuela particular: las palabras son puestas en nuestros labios y los gestos que hacemos hablan de una admirable unidad del hombre con todo lo creado y si las dejamos actuar en nosotros, educan poco a poco nuestro corazón para recuperar la humildad del ser creatura y la alegría de ser parte de un ritmo donado, de una danza que es la misma de los cielos.

El agua, que brota y es surgente de vida, o impetuosa y causante de muerte, ofrece su simbolismo al sacramento del nacimiento cristiano: somos bautizados, es



decir, inmersos en las aguas de la muerte de Cristo para volver a emerger en su Resurrección. La fuente se vuelve entonces tumba y al mismo tiempo vientre vital que genera nuevos hijos a la iglesia. ¿Como no quedar admirados de tan simple y sublime belleza? No son símbolos complicados para descifrar, que necesitan doctos discursos, sino experiencias esenciales de elementos que acompañan nuestra vida, que hablan de sí a quien los sabe escuchar. Así la luz y las tinieblas representan la pertenencia a Cristo o la lejanía de Él, el pan y el vino, fruto de la naturaleza y del trabajo del hombre, se vuelven sacramentos del Cuerpo y de la Sangre, nutrientes de vida eterna, y la sal, indispensable para las comidas, el aceite, elemento de alegría, se convierten en el signo y el vehículo de la presencia del Espíritu que fortifica y consagra.

Se podría profundizar cada elemento en particular y nos encontraremos frente a una constante: el elemento natural, o el elemento transformado por la ac-

ción del hombre, canta la belleza de Dios, su providencia paternal, aclama la salvación gratuitamente donada y vuelve a decir al hombre su puesto. Como custodio de un jardín, él no es llamado a hacer existir las cosas, pero tiene la responsabilidad de custodiar la belleza; como director de una orquesta, no crea las voces y los instrumentos, pero puede y debe coordinar la armonía evidenciando la potencialidad de cada parte en el todo. ¿Pero cómo puede todo esto hablarnos a nosotros hoy, hombres y mujeres postmodernos, habituados al control de todo, hijos de las fibras artificiales, habitantes de ciudad en perenne fuga de sí mismos, soñadores de paraísos no contaminados e incapaces de renunciar a todas las comodidades?

Quizás se trata de un desafío. La oración cristiana, la liturgia en particular, nos devuelve a lo esencial. La Liturgia de las Horas, por ejemplo, con su ritmo es un potente educador para quien acepta ponerse en su escuela. Nacida como deseo de alabanza



Salmo 126, 5: "Quien siembra entre lágrimas, cosechará con júbilo". Pintura de Bencjon Benn (1905-1989)

que abraza todo el tiempo en todos los tiempos, está ritmada sobre las horas de la naturaleza: la salida del sol, su caída, la luz y las tinieblas dan el ritmo de la alabanza, se hacen memoria de la Creación y de la Resurrección, confían a Dios el tiempo de la vida y del reposo, entran con Él en las tinieblas esperando un nuevo día. Himnos y salmos están entretejidos de elementos naturales que no son simples símbolos, sino verdaderos protagonistas de la alabanza y educadores del hombre.

Así, por ejemplo, si damos una mirada al domingo, "Día del Señor y señor de los días", nos encontramos con una verdadera danza de la creación: todos los elementos son llamados a reunión por la voz del salmista, nubes y sol, hierbas y plantas, lluvias y rocíos, hielo y frío, peces y aves, animales selváticos y monstruos marinos... todo es invitado a participar a un gran coro que bendice y alaba al Altísimo.

El hombre, entonces, alaba a Dios por todo lo que ha creado, pero al mismo tiempo- y he aquí el admirable movimiento de la liturgia- lo alaba CON todo lo que ha creado. Como partícipe de un coro más grande que él mismo, canta a aquel Dios que es inefable, cuya voz el hombre no puede oír, que es comparable a las voces de las grandes aguas, con tono potente. Aquella voz se ha hecho carne en Jesús, se ha hecho diálogo, y la Iglesia, cuerpo viviente de Cristo, con Él, su Cabeza y en el Espíritu, vuelve a pronunciar las palabras antiguas: "Alaben al Señor de los cielos, en lo alto de los cielos, alábenlo" repite con las notas del salmo y la belleza que canta la gloria de Dios poco a poco lo educa a salir de sí para reconocer los dones y el Don.

"En la primera claridad del día, vestida de luz y silencio, las cosas emergen de la oscuridad como era al principio del mundo", así canta un bellissimo himno para las laudes. Y confirma

una verdad antigua y siempre nueva: educados por aquello que celebramos podemos recuperar la unidad con la naturaleza entera, aquel sentido de armonía que los ritmos de nuestra vida muchas veces destruyen. Y esa unidad no es solo un hecho estético, se vuelve fuente de serenidad, de equilibrio y alegría, porque repite a nuestro corazón que no estamos solos en los senderos de la historia, que todo lo que existe tiene un sentido fuera de sí y que nosotros somos parte de un proyecto más grande. Al hombre tecnológico, que se siente amo del tiempo, se pone al lado y quizás reemplaza al hombre orante que restituye el tiempo y lo recibe como don renovado, que descubre el vivir en un ritmo más grande que él, que participa en la danza de los cielos y que sabe recoger por eso las penas de cada pequeño de la tierra.

Hna. M. Laura Restelli

Hna. M. Laura Restelli

